

ENG. *Aceptando la mano de D. Modesto.*—Mil gracias.

D. Mod. (Oh!...)

ENG. (Ah!...)

D. Mod. *Encogiéndose.*—Pase V...

ENG. No: puede V. correrse al otro ángulo... Qué mas da?

D. Mod. Muy bien.—*Pasa al otro rincon.*

MAN. Allá voy yo... Ah! ¿Dónde...

ENG. Quédate en ese rincon por si todavía no has dormido bastante.

MAN. Y V. en medio? Entónces...

ENG. —*Con retintin.*—Yo no duermo.—*Rueda otra vez la diligencia.*

MAN. (Hum! Apostaría yo algo bueno á que la viudita no mira ya con tanto desagrado á ese... neófito.—Y si, atando cabos, achacase yo esta nueva evolucion á algo de.... celotípia, puede que no me engañara.)

D. Mod. Las han tratado á VV. bien?

MAN. Pícaramente. Yo no he comido más que cuatro cucharadas de sopa, y aún eso con repugnancia.

ENG. Yo una taza de té y dos bizcochos.

D. Mod. Es lastimoso, y cada día más, el trato que se da á los viajeros en nuestros caminos. Á mí me ha hecho cauto el escarmiento y siempre llevo provisiones conmigo.

MAN. Hace V. muy bien. Eso mismo propuse yo á mi señorita en los baños de Fitero; mas...

D. Mod. Ah! Vienen VV. de tomar aquellas aguas?

MAN. Yo, gracias á Dios, no las necesitaba: mi señorita....

D. Mod. Que! ha estado V. enferma?

ENG. Levemente.

D. Mod. Dolores reumáticos? Para el reuma son muy eficaces aquellos baños, segun cuentan.

ENG. No, reuma, no; dolores, no; pero un malestar, una desazon continua...

MAN. Á los nervios lo achacaron los médicos.

ENG. Más tienen de espiritual que de físico mis dolencias.

MAN. (De uno y otro me parece á mí.)

D. Mod. Siento en el alma, señorita...

ENG. Tenian quiero decir. De Fitero salí bastante aliviada, y aunque al principio no dejó de molestarme el arruaje, despues..., no sé..., creo que el movimiento no me ha perjudicado, y por el momento me hallo bastante bien.

MAN. (Qué decía yo? No hay con que pagar ese candor.)

D. Mod. Felicito á V. de todas veras, Engracia...

ENG. Lo estimo.

MAN. (Engracia! Ya no esquivamos los nombres propios. Esto marcha.)

ENG. Con todo, siento en el estómago algo de..., como desfallecimiento...

D. Mod. Ah! necesidad sin duda.—Afortunadamente yo puedo...

ENG. No, no creo que sea eso; más bien desgana... Si algun apetito hubiera yo tenido, bastaban para quitármele de todo punto los grasientos y mal acondicionados manjares que presentaron en aquella mesa fermentada.—Pero no; la falta de descanso es lo que me da guerra. Si yo pudiese dormir un rato... Probaré.

MAN. Será inútil. Con hambre y con penas no se duerme.

ENG. Penas, ah! sí.

D. Mod. Engracia!

MAN. (Cuánto va á que ya no son las de ayer?)

ENG. Pero ¡hambre! No digas eso por Dios, Manuela.

SEGUNDA SERIE.—1862.

MAN. No un hambre villana, ya se entiende; pero sí la discreta y de buen tono que es permitida á una dama.—Pues quiera V. ó no quiera, voy á darle unas rosquillas...

ENG. Bien, una ó dos...

MAN. *A D. Modesto.*—Á esta parva materia y á un frasco de agua de azahar se reduce nuestro repuesto.

D. Mod. Si tuviese yo la buena fortuna de que aceptase V. algo del mio, que es mas confortable...

ENG. No: dispéñeme V., señor D. Modesto...

MAN. (Señor D. Modesto! Bravo!)

ENG. Me haria daño.

D. Mod. No lo crea V. Todo sienta bien caminando: el aire del campo abre el apetito y el bamboleo de un coche es el mejor digestivo. Yo, salvo el respeto debido, tengo ya... no diré hambre; pero algo muy parecido á ella.

ENG. Ha parado el coche.

MAN. *Mirando al camino.*—Si, y no debe deser para mudar tiro, porque no desenganchan.

D. Mod. No. Al parecer estamos en despoblado. Alguna averia...

MAN. Sin duda. El mayoral se ha apeado.

D. Mod. El zagal echa ternos.

ENG. Oigo martillazos.

MAN. Estamos seguros, Mayoral?

MAY. No hay cuidado. Maldecida góndola!...

D. Mod. Bajaremos...

ENG. *Gritando.*—Ay madre de Dios!...

MAY. No hay necesidad ¡voto al diablo!... ni de bajarse, ni de chillar.

MAN. Es cosa que encanta la amabilidad de un mayoral.

D. Mod. *Mirando al camino.*—No es de importancia el siniestro, á lo que veo; y á fe que este alto nos viene de molde para tomar una refaccion.

—*Tomando la cesta y sacando de ella lo que va diciendo.*

—Veamos... No ha padecido detrimento la despensa: está muy bien arreglada la cesta. Saquemos primero esta servilleta, que servirá para Engracia...

ENG. No...

MAN. (Ya hemos avanzado al diminutivo.)

D. Mod. Si me hace V. el obsequio de aceptar...

ENG. No; ¡si yo...

D. Mod. No tenga V. escrúpulo: está sin hacer del agua.

ENG. Lo creo, pero es excusado... Sírvese V. de ella.

D. Mod. Para mí la otra, la que contiene las vituallas, que tampoco está sucia, porque cada artículo lleva su doble envoltorio de papel blanco.

MAN. Vaya si es aseadito y primoroso el señor D. Modesto!

D. Mod. Jamon cocido en vino generoso. ¿Quiere V. probarlo? Está diciendo ¡comedme!

ENG. Lo agradezco infinito; pero no me atrevo...

D. Mod. Yo respondo de que le ha de sentar á V. de perlas Viene ya partido en lonjas delgadas. Ea! honre V. una con sus dientes de aljofar.

ENG. Jesus! Yo...

MAN. (Requiebros ya! Las diligencias hacen prodigios.)

D. Mod. Anímela V., Manuela.

MAN. (Tambien ha aprendido mi nombre; pero no hay ita para mí.)

D. Mod. Vaya!... Ah! partiré pan.

AÑO XX. 8.



MAN. La animaré con el ejemplo; que en verdad conforta el olorcillo.—*Toma y come.*—

ENG. (Creo que me apetece...; pero ¡merendar con un hombre, áun siendo tan fino y tan... Ay Dios!)

D. MOD. No quiere V. complacerme?

ENG. Sentiré que lo tome V. á desaire...

D. MOD. No tal; pero ya que V. no sigue el ejemplo de su doncella, yo seguiré el de V. No probaré bocado.

MAN. Puedo hablar con franqueza?

D. MOD. Sí.

ENG. Sí. (Ya deseo que me inste.)

MAN. Pues en primer lugar, declaro que el jamon es sabroso, exquisito, y que pienso repetir con permiso de este señor: en segundo lugar, creo que, absteniéndose de él mi señora por... por cortedad, y el camarada por quijotismo, le hacen una inmerecida ofensa, y ni Dios ni el diablo se lo agradecerán.

ENG. Por cierto que...

D. MOD. Que sí, verdad? Y esa grata sonrisa me dice que...

ENG. Que si ayuna V., yo tendré la culpa, y no debo cargar mi conciencia... Tomo pues...

D. MOD. ¡Cuánto agradezco...

MAN. Vitor! Verá V. qué bien le sabe. Á ver otra para mí?

D. MOD. Ajá! Tomo yo tambien mi pitanza... Qué tal?

ENG. Está muy rico. Quién le ha aderezado?

D. MOD. El ama de mi tío el prebendado de Tarazona, de donde vengo ahora.

ENG. Digo á V., señor D. Modesto, que debe de ser mujer de provecho.

D. MOD. Oh! tiene unas manos... Y limpia como el oro.

ENG. Conque viene V. de Tarazona?

D. MOD. Sí, señora. Tengo allí una parte de mis haciendas...—Otra lonjita!

ENG. *A Manuela.*—La tomo?

MAN. Claro está; y yo la tercera.

D. MOD. Y además, como mi tío es un santo...

MAN. (Ya volvemos á la santidad?)

D. MOD. Fuf á pedirle consuelos en mi tribulacion...

MAN. Tribulacion?—Ya: por la mala pasada de la...

D. MOD. Ciertamente; y consejos...

ENG. De él habrá V. tomado el de ordenarse...

D. MOD. Por de pronto le tomé poniendo orden en mi conducta y freno á mis pasiones.

MAN. Con todo, las hay legítimas...

ENG. Déjale hablar.

MAN. Ó legítimables.

D. MOD. Confieso que mi vivo resentimiento por una parte, y por otra la animadversion del arcediano al sexo femenino...

MAN. Al llamado bello sexo, como decia V. anoche.

D. MOD. Ya no puedo menos de certificar que lo es.

MAN. (Y la mira! ¡y ella baja los ojos y se pone como una grana! Lucido va á quedar el arcediano!)

ENG. Ah!

D. MOD. No es nada. Vuelve á rodar la diligencia; pero podemos seguir merendando.—Otra rebanadita?

ENG. No, no, basta!

D. MOD. Bien está; pero un traguito, es ahora indispensable.—Va V. á probar de este vino,—*El de su frasco.*—que es un bálsamo.

ENG. Vino!... Ah!...

MAN. De la bodega del tío, por supuesto.

D. MOD. Si; de su cuba predilecta.—Aquí traigo un vasito de plata...—*Lo saca y echa vino en él.*—

ENG. Por Dios!... Vino!...

D. MOD. No le ha bebido V. nunca?

ENG. Sí, poquito...; ántes de enviudar.

MAN. (Oh paloma sin hiel!) Pero no pide de rigor el estado de viuda que se haga novedad en las reglas de la higiene. Ó tenemos sed ó no la tenemos.

ENG. Sí, alguna tengo...

D. MOD. Es consiguiente...

MAN. Y ya ve V., agua, no llevamos... Ah! sí, la de azahar; pero tras del jamon, no me parece muy á propósito.

D. MOD. Bébalo V. sin recelo: es suave y sin mezcla de ningún ingrediente nocivo.

ENG. Bien, una gota...—*Bebe.*—En efecto, el paladar le recibe bien...

D. MOD. Y el estómago, mejor. Otro sorbito...

ENG. Por complacer á V. —*Toma otro sorbo.*—Basta. Apuralo tú, Manuela.

MAN.—*Tomando el vaso.*—Con mil amores. (Hola! ¡pues no le ha dado mal tiento *Sor Engracia!*) *A D. Modesto dándole el vaso.*—Bien decia V.: esto es capaz de resucitar á un muerto.

D. MOD.—*Llenando el vaso y apurándole en seguida.*—Mi tío es hombre que lo entiende.

ENG.—*Sonriéndose.*—Ya veo que el darse buen trato no es incompatible con la santidad.

D. MOD. Nada de eso. Los neo-católicos de punta, ó que pasan por tales, son, á cual más, bravos gastrónomos.—Á propósito, traigo tambien una gallina asada, que por lo tierna y mantecosa es digna de un cardenal. Va V. á dar su voto...

ENG. No, señor, no: ya basta, y sobra.

MAN. ¿Tan tragonas nos supone V., ó tan hambrientas que... Vaya!

D. MOD. Bien: la guardaremos para más adelante...

ENG. Ahora...;—vergüenza me da, pero no hay otra cosa que ofrecer á V.;—sí gusta de un par de rosquillas...

MAN.—*Sacando de una cestita de viaje un cucurucho con rosquillas y dándosele á Engracia.*—Sí, sí. Son gustosas.

ENG.—*Presentando á D. Modesto el cucurucho abierto.*—Tome V...

D. MOD. *Tomando algunas.*—Sea cual fuere su mérito intrínseco, de mano de V., hermosa Engracia, me sabrán á mí...

MAN.—*Riéndose y con énfasis.*—*A rosquillas:* eso, por sabido se calla.

ENG.—*Sonriéndose.*—No haga V. caso...

D. MOD. Bocado especial! Esto es ambrosía.

MAN. No digo?

ENG. Toma tú tambien, loca.—*Se queda con un par de ellas, pasa el cucurucho á Manuela, y esta lo guarda des pues de tomar tambien dos ó tres rosquillas.*—Y volviendo á la plática comenzada, decia V., amigo mio...

MAN.—*Entre dientes.*—Otro pinito. Bueno! Pronto soltará el niño los andadores.

ENG. ¿Qué murmuras tú...

MAN. Nada: estoy... rezando.

ENG. Decia V. que los consejos de su reverendo tío...

D. MOD. Me inspiraron las dos ideas que me dominaban



cuando tuve la honra..., qué digo?, la dicha de unirme á VV.

ENG. La dicha? Pronto lo dice V!

D. Mod. No, sino tarde, porque debí decirlo desde el momento en que entré en la berlina.

ENG. Don Modesto!... (Ah! yo no sé lo que pasa por mf...)

MAN. Ya se ve, como era de noche, y de noche todos los gatos son pardos, y luego se durmió como una marmota... Ya era tiempo de que nos hiciera V. justicia.

ENG. Callarás, aturdida? Prosiga V.

D. Mod. Venía preocupado contra las mujeres en general; y he aquí una de las dos consabidas ideas dominantes. La otra, aunque todavía poco desarrollada en mi mente, era acabar mis días en el celibato, y áun abrazar el estado eclesiástico luego que estuviere seguro de que Dios me llamaba por ese camino.

MAN. Como V., señorita; pero tampoco V. había madurado todavía su resolución.

ENG. Oh! Mira, Manuela, que estás insufrible. Te prohibo que hables.

D. Mod. Ah! no la regañe V. Su lealtad y su cariño la excusan.—Pocas horas, y circunstancias tan plausibles para mí como imprevistas, han bastado para convencerme de que era absurda y temeraria la primera idea; y de esta convicción, que tanto me va ya lisonjeando...

ENG. Ah!...

D. Mod. Qué?

ENG.—*Vivamente*.—Nada; no he dicho nada.

D. Mod. De esta convicción ha nacido naturalmente otra, la de que tampoco estoy organizado yo para realizar la otra idea, aunque de suyo recomendable en extremo.

MAN. (Si me dejara hablar...)

D. Mod. Practicable también, pues de ello nos dan frecuentes ejemplos las almas privilegiadas.—La de V. es sin duda una de ellas.

ENG. La mía?... Yo... (No acierto á responder. Ahora me pesa de haber impuesto silencio á Manuela.)

D. Mod. No obstante, sí, como yo desearía aunque no me atrevo á esperarlo, también se han modificado algun tanto las ideas de V...

ENG. Quizá... Yo nunca he sido pertinaz en mis opiniones ni en mis... Y aunque mi situación era mucho más penosa que la de V..., también las circunstancias... En fin.....

D. Mod. Esa agitación..., esas reticencias... ¡Oh cuán feliz sería yo si me fuese lícito interpretar...

MAN.—*Sin poder contenerse*.—Nada de interpretaciones!—Disimule V., mi amada señorita; pero no he podido menos...

ENG. Sí, sí; habla; dí lo que quieras.

MAN. Pues digo,—y V., señor D. Modesto, guárdese de hacer comentarios, que pudieran ser erróneos, ó por lo menos, prematuros;—digo que no hay regla sin excepción: que el dolor aislado ó el despecho solitario raciocinan de ordinario muy mal; que en los juicios absolutos suele no haber pizca de buen sentido; que tratadas las personas se aprecian mejor en lo que valen y que hablando se entienden. Digo que si nuestro buen compañero de viaje no ha tenido reparo en confesar que era tan poco razonable como grotesco el desden con que miraba á las hijas de Eva, méenos debe V. sonrojarse, señorita, de condenar su aborrecimiento, imaginado ó cierto, á los hijos de Adán. Digo

que para él hay ya por lo menos una mujer aceptable...

D. Mod. Adorable!

MAN. Silencio!—Tal vez dos, porque me parece que á mí tampoco me confundirá con el vulgo de las mujeres.

D. Mod. No por cierto; que eres una alhaja.

MAN. Gracias. (Ya me tutea!) Digo que también mi señorita excluye de su anatema á un hombre.

ENG. Dice la verdad.

D. Mod. Oh Engracia!

MAN. Poco á poco! Digo que uno y otro deben VV. felicitarse de haber contraído esa recíproca estimación debida á una venturosa casualidad.

D. Mod. Yo bendigo...

ENG. Yo también... celebro...

MAN. Bien. Por de pronto eso alivia, y dos personas que ya se estiman, bien pudieran...

ENG. Basta, basta! Ya vas hablando demasiado.

MAN. ¿Qué digo yo que no sea muy natural? Estamos en el siglo del vapor y la electricidad; no somos caducos ni anacoretas...

ENG. Basta, digo! (Me sofoca.)

MAN. Bien, no se altere V. Será lo que Dios quiera; pero ¿qué pierde V. en oírme charlar para distraerla un poco? Tómelo V. como una broma, hija de la familiaridad en que ya estamos...—*Suelta una carcajada, y no son dueños de dejar de imitarla D. Modesto y Engracia*.—Así! alegrémonos, riámonos, y llévase el diablo lo que sea suyo. Confesemos que fué un grande hombre el inventor de las diligencias. Es el descubrimiento más sociable y más... Ja, ja, ja... Quién de nosotros es ya lo que era anoche? Quién piensa como pensaba hace algunas horas?

D. Mod. Cierto. Yo me desconozco á mí mismo.

ENG. Y yo... voy conociéndome algo mejor.

MAN. Ja, ja... Magnífico! Anoche no nos podíamos aguantar unos á otros, y ahora estamos á partir un pinón.

ENG. Para el coche.

D. Mod. Van á enganchar otro tiro. Bajaré. no he fumado...

—*Abre la portezuela*.—

MAN. No se incomode V. por eso: mi señorita permitirá...

ENG.—*Al oído*.—Déjale que baje.—*A D. Modesto*.—Sí, baje V...

## ESCENA XI.

ENGRACIA. MANUELA.

MAN. Pobre mozo! Es tiranía... D. Julian fumaba...

ENG. Ay Manuela!—*Se echa en sus brazos y rompe á llorar*.—

MAN. ¿Qué es esto, señorita!

ENG. En hora fatal entró aquí D. Modesto. Ah!...

MAN. Al contrario: yo creo... Lloro V! solloza!

ENG. Lloro mi fragilidad..., mi crimen...

MAN. Crimen! Dónde está el crimen?

ENG. Manuela!... Yo sospecho que... ay! que le amo.

MAN. Y yo lo sé de fijo. Pero ¿qué mal hay en eso? Él también está que delira por V.

ENG. Pero él no había jurado eterna fidelidad á otra mujer!

MAN. Pero nada hay eterno en este mundo; y el que pudre



no ha de venir á residenciar á V. porque, sin buscarlo, sin desearlo y como llovido del cielo, se le ha aparecido un jóven digno, el único digno sin duda de reemplazarle.

ENG. Reemplazarle! Puedo yo consentirlo sin ser perjura?

MAN. Sí, señora. V. juró de buena fe; pero hizo la cuenta sin la huésped. —Aquí la huésped es la próspera naturaleza, cuyo imperio no es fácil resistir, ya se lo tengo dicho á V., y ménos en el verdor de la juventud.

ENG. Pues yo le resistiré..., aunque me cueste la vida.

MAN. Oh! no lo diga V.; que mayor perjurio sería ese.

ENG. Mayor perjurio!

MAN. Peor todavía: conato de suicidio, que yo combatiré con todas mis fuerzas.

ENG. Funesto viaje!

MAN. No blasfeme V... —Ya vuelve D. Modesto. Buen ánimo! Serenidad!... Enjague V. esos ojos...

ENG. Ah! Sí. —*Se enjuga las lágrimas y se corre al rincón.* —

## ESCENA XII.

## LOS TRES VIAJEROS.

D. MOD. ¿Puedo pasar...

ENG. Quédesse V. en ese rincón: yo en este.

D. MOD. Otro cambio? Sentiría en el alma... —*Rueda otra vez el coche.* —

ENG. No lo tome V. á mal: es que necesito..., quisiera dormir...

MAN. —*Bajando la voz.* —Sí, tiene sueño. Como no ha descansado en tantas horas...

D. MOD. Dice V. muy bien. —Y el refrigerio que hemos tomado convida también al sueño... Pero callemos...

ENG. No; hablen VV. Así y todo me dormiré si Dios lo quiere... (y me haría un gran beneficio.)

MAN. (Se dormirá. Ya ha desahogado su corazón llorando en mis brazos, y al fin, como, viuda y todo, no pasa de ser una niña...) —

D. MOD. —*A media voz con Manuela.* —Dígame V. la verdad: está enojada? ¿ha habido reaccion?...

MAN. No, señor: el calor excesivo..., la atmósfera cargada..., la lucha interior que tal vez suscitan en su pecho sensaciones á que no venía preparada; todo esto...

D. MOD. Ah Manuela! ¿Seré yo tan dichoso que...

MAN. Chit!... Á ver? —Pues, en efecto, se van entornando sus ojos...

D. MOD. Mujer hechicera!

MAN. Se duerme... Callemos...

—*Momentos de silencio. Se duerme Engracia.* —

Sí, ya duerme, y con un sueño angélico que me parece de muy buen presagio.

D. MOD. Para quién?

MAN. Para ella y para V.

D. MOD. ¡Qué gloria para mí!..., si no es que yo duermo también, y lo estoy soñando!

MAN. Ese sueño reparador será el término de la crisis...

D. MOD. Crisis... ¿Crees tú que hay crisis... Pero si cuando despierte, triunfa del incipiente el amor antiguo...

MAN. No es de esperar, V. presente, el otro... Ganar bata-

llas después de muerto, solo fué concedido al Cid Campeador.

D. MOD. Con qué delicia te estoy oyendo, muchacha!

MAN. Y aquí para entre nosotros, la fe hasta hoy guardada, sobre ser muy natural en una jóven sensible y honrada, no estribaba tanto en el mérito del difunto, aunque no carecía de él, como en la buena correspondencia; —porque él la idolatraba, eso sí; —en la compasión acaso...

D. MOD. Compasión!

MAN. Sí, señor. Gozaba el pobre de muy poca salud, como que murió tísico.

D. MOD. Si Dios le tenga en su gloria. Yo, gracias á su divina majestad y en buena hora lo diga, soy un roble. Cuando no me mató aquella traidora!...

MAN. ¿Quién sabe si Dios le ha guardado á V. para...

D. MOD. Para Engracia? Ah! con ella me daría el Paraíso.

MAN. Es posible... Yo... en lo que esté de mi parte contri-

buiré... Pero... me voy contagiando...

D. MOD. De qué?

MAN. Del sueño.

D. MOD. Pues duerme, hija mía. Yo no sé si podré... Me desvelará el temor... Eh?... —Se ha dormido también. —No me vendría mal á mí... —*Con la mano en el pecho.* —También ha habido aquí pelea, aunque no tan reñida... —*Reclinando la cabeza en el rincón.* —Si descansara, aunque no fuese más que un cuarto de hora... —El sol se está poniendo, y ya entra por aquí un remusgo... Echamos el cristal... —*Silencio de algunos momentos: luego prosigue interrumpiéndose y dormitando.* —Aquella mala pécora... El Arcediano... Vicisitudes... Engracia!...

—*Se duerme también, y al cabo de media hora despiertan los tres á los gritos de: Para! sol! —Abajo, abajo!, interpolados con juramentos y palabrotas soeces.*

## ESCENA XIII.

## ENGRACIA. MANUELA. D. MODESTO. EL MAYORAL.

MAY. —*Abriendo la portezuela.* —Abajo, señoras!

ENG. Ah!

D. MOD. Qué es esto?

MAY. Pronto!

MAN. Ladrones?

MAY. No, no es eso; es que... ¡Maldita sea el alma de los caminos y los carruajes, y la... Es que el coche se ha inutilizado, y á dos rodadas más nos lleva á todos el demonio.

ENG. Ay! bajemos...

D. MOD. Sí...

MAN. Volando... Los mantones!

D. MOD. La capa!

—*Bajan, ellas con sus pañuelos de abrigo y él con su capa. —Huracán, frío, que por grados se aumenta; aguacero mezclado de granizo y nieve; noche cerrada. Se supone que los demás viajeros bajan también de sus respectivos asientos, gimiendo y gritando las mujeres; jurando ó maldiciendo los hombres.* —

D. MOD. Esperaremos?



MAY. No se lo aconsejo á VV., porque la góndola está insertible, y gracias si, despues de tardar una hora en mal pergeñarla, la podemos arrastrar sola hasta Jadraque. Lo mejor que pueden VV. hacer es irse un pasito tras de otro camino adelante.

ENG. Dios mio! ¡y en noche tan horrible!

MAN. Lloviendo!... granizando!

—Gritos y reclamaciones de los otros viajeros.—

MAY. Por fortuna, el pueblo está cerquita, á poco mas de dos calo..., quilo... Cómo se dice eso?

D. MOD. Kilómetros.—Del mal el ménos.

MAN. Apretaremos el paso... Abríguese V. bien.

MAY. AL ZAGAL. Á ver si avanzamos un poquito; que aquí estamos mal.—Ayuda tú por el otro lado; yo por este; y tú, Delantero, al paso... Cuidadito!

—La diligencia, así llevada, desaparece pocos momentos despues, y tambien todos los pasajeros, ménos D. Modesto, Engracia y Manuela; Engracia atribulada con lo que acaba de ocurrir y sin acertar á moverse; Manuela poco ménos.—

#### ESCENA XIV Y ULTIMA.

ENGRACIA. MANUELA. D. MODESTO.

ENG. Qué haremos? Si hubiera aquí donde guarecerse... Pero ¡ni una choza, ni un árbol!...

MAN. Lo ménos expuesto es caminar, y todo lo deprisa que podamos. El frio arrecia...

ENG. Yo estoy pasmada: no tengo aliento ni para dar un paso.

D. MOD. Válgame Dios!... Y sin más abrigo que un pañuelo de entretiempo...

ENG. Que se calará muy pronto, porque llueve...

D. MOD. Ah!... bien haya mi prevision! Abríguese V. con mi capa.

ENG. No, no! Y V.?

D. MOD. Yo soy hombre, y de constitucion robusta. No se cuide V. de mí.

ENG. Que no me cuide de V! Ah!..... ¿Y he de ser tan egoista?

MAN. No hay necesidad de que lo sean VV. ni el uno ni el otro: una capa puede abrigar á dos.

ENG. ¡Yo... Qué te atreves á proponerme?

MAN. Una cosa muy natural en circunstancias tan críticas.

ENG. Pero el pudor... Manuela!...

MAN. ¿Qué peligro puede correr el pudor cuando estamos dando diente con diente? (La procesion va por dentro.)

D. MOD. Engracia!...

MAN. Ea, vamos! Con esa obstinada resistencia se tira V. á matar, señorita.

D. MOD. Y á mí me hace V. una injuria sangrienta; porque cierto es que la amo á V. con todo mi corazon; pero soy hombre de honor, soy caballero.

ENG. Ah! no lo dudo, pero... Dios mio!

MAN. Y aún aceptando en participacion la capa de un hombre, puede ser casta la que quiere serlo.

ENG. —*Aparte con Manuela.*—Pero ese hombre ¿es acaso... indiferente para mí?

MAN. Si no lo es, tanto mejor para aceptar de él un beneficio necesario, urgente... Y en todo caso, acuértese V. solamente de que se está helando... Ah! copos de nieve..... Dios nos asista!

D. MOD. Por Dios, Engracia!... Figurémonos que somos otro Pablo y otra Virginia... y cuando esto no sea, ¡prójimos, nada más!

ENG. No es desprecio: es que... no me puedo resolver...

D. MOD. Pues bien, apelemos á otro arbitrio. Imitador de San Martin, aunque indigno, partiré la capa en dos pedazos...

ENG. No, no! qué locura!

D. MOD. Aquí traigo una navajita...—*La saca y se dispone á dividir la capa.*—

MAN. —*Interponiéndose.*—No lo permito. ¡Una capa nueva!

ENG. Ni yo debo consentirlo.

MAN. Y sería un sacrificio inútil. Bajo una capa se cobijan bien dos individuos; pero media capa no socorre á nadie. —Vamos, decidase V.—No digo? Ya está hecha una sopa; Siquiera mi manton es un poco más fuerte, y yo tambien.—Ea, acabemos!

ENG. Jesus!...

D. MOD. Prefiere sin duda una pulmonía á deberme algo á mí.—Bien está. Mal que á V. le pese, una misma será la suerte de los dos. Quédese la capa sobre este ribazo, y admire el orbe, cuando lo sepa, nuestro necio martirio y nuestra ridícula heroicidad.

ENG. ¿Cree V., ingrato! que su salud no me interesa tanto por lo ménos como á V. la mia? (Ah! qué he dicho?)

D. MOD. Prenda amada!

MAN. Qué diantre!... ¿No hemos juntado ya comiditas? ¿no hemos dormido bajo un mismo techo?

ENG. Confieso que la situacion apremia y me disculpa...; pero bien conocerá V. que sólo de un padre ó de un hermano podría yo..., debería yo aceptar ese servicio.

MAN. —*Con prontitud.*—Ó de un esposo.

ENG. Ah! qué dices?

D. MOD. Lo primero no está en mi mano; lo segundo sí, y en mi mente, y en mi corazon; pero Engracia no me juzga digno de tanta gloria.

ENG. Digno... sí; gloria... quizá... ¡Por la Virgen, no abuse V. del conflicto en que me veo!

MAN. Vamos! ¡Si no hay remedio... ¡Si es cuestion de vida ó muerte!—*A D. Modesto.*—¡Pronto, póngase V. esa capa!—*Lo hace D. Modesto.*—Ampárese V. en ella, señorita de mi alma: es capa conyugal... y en cierto modo, *pluvial* tambien, pues defenderá á V. del agua.

ENG. Sea, pues no hay otro recurso.—*Se arroja tímidamente con una punta de la capa.*—Pero... ¡contraer segundas nupcias!...

MAN. Al año casi de haber enviudado!... y en tal apuro!... Quién no la absolvería á V.?

ENG. ¡Yo prometida esposa de un hombre á quien hace pocas horas no conocia!

MAN. El amor, harto *diligente* ya de por sí, ¿no ha de serlo embutido en una *diligencia*?

ENG. Qué esponsales, gran Dios! ¡En un despoblado, entre tinieblas y en medio de un deshecho temporal!



MAN. Esponsales románticos, es decir, interesantes hasta lo sumo, que darán á VV., y á mí también, gran celebridad.

D. MOD. No es menor mi asombro, bellísima Engracia, al verme tan radicalmente cambiado; pero la Providencia, que sin duda nos crió al uno para el otro, ha querido disponerlo así. Si recuerda V. todos los accidentes del viaje, y en particular el último, habrá de confesar que no sin designio nos ha juntado; que leyendo en nuestros corazones mejor que nosotros mismos, ha preferido unir en tierno y feliz consorcio á los que ayer hacían vano alarde de sublime virtud, y mañana quizá habrían de gemir bajo el peso de tardío, y desgarrador, y criminal arrepentimiento.

ENG. Ah! tiene V. razón. justo es acatar los decretos del Altísimo...

MAN. Y más cuando está tan de acuerdo con ellos nuestro corazón.—Pero abríguese V. bien.

ENG. Basta...

MAN. ¿Qué ha de bastar, si apenas cubre V. la espalda.... Con ese pueril regateo, ni V. ni él se guardan de la intemperie. Más juntitos! ¿Cómo ha de ser!...

ENG. Bien... pero que me jure...

MAN. Sí jurará.

D. MOD. Engracia mía!

MAN. Eh, todavía no! Primero voy yo á casar á VV.

ENG. Muchacha!

MAN. No con la autoridad de párroco: ¡Dios me libre de semejante sacrilegio! sino así... provisionalmente, como testigo de excepción, único... providencial; como instrumento lego, pero abonado, de la voluntad celeste.

ENG. Yo invoco también la ley de la inexorable necesidad...

D. MOD. Qué! ¿sin ella...

ENG. Sin ella sería V. siempre muy merecedor de mi cariño y de mi mano; pero daríamos tiempo al tiempo...

MAN. Aún está ó quiere parecer un poco recalcitrante.—Excúsela V.: su puntillo lo exige...—Ahora bien: señora Doña Engracia Manrique, ¿acepta V. por esposo al Sr. Don Modesto... Cómo?

D. MOD. Bonifaz.

MAN. Bonifaz?

ENG. Sí acepto.

MAN. Sr. D. Modesto Bonifaz, ¿otorga V. su mano á la Señora Doña Engracia Manrique?

D. MOD. Sí otorgo.

MAN. Amén! La Iglesia sancionará luego esas promesas, de que yo, fiel de fechos con faldas, certifico como más haya lugar en derecho. Entretanto, yo os doy mi enhorabuena y mi bendición.

D. MOD. Oh admirable Manuela! Tienes en ella un tesoro, esposa mía.

MAN. Ya se apean el tratamiento. Albricias!

ENG. Oh! sí, mi querido Modesto; es mi mejor... mi única amiga.

MAN. Si tal; pero ¡á Jadraquel á Jadraquel! ¿Qué esperamos ya?

D. MOD. Parece que el cielo se va despejando...

ENG. Indicio tal vez de que Dios acoge nuestros votos.

MAN. Quién lo duda? Y el cierzo amaina, y... Oh! la luna aparece también, limpia, esplendente y en toda su magnitud.

D. MOD. Precursora de otra más grata; de la luna de miel.

MAN. Saludemos con efusión al astro de la noche.—*Cantando.—Casta Diva... Casta Diva...*

ENG. Eh! calla, atolondrada. Marchemos...

MAN. Y alabemos á Dios, que todo lo ha ordenado para vuestra felicidad, y para que, unidos en casto vínculo, le sirvais y adoreis.—Mas no porque esta aventura haya tenido tan honesto y dichoso término, deja de ser uno de los más sentenciosos y verdaderos el refrán que dice: *Entre Santa y Santo, pared de cal y canto.*

FIN.

## EL ALMA QUE DUERME.

En uno de los puntos mas verdes de la costa irlandesa se levanta una antigua capilla gótica consagrada á San Dustan.

Aquella encantadora ermita sirve de parroquia á dos ó tres aldeas inmediatas, y corona una especie de rellano cubierto de césped, que fué un tiempo el cementerio y que rodea graciosamente una linda senda nueva con un cerco de almendros, madreselvas y otros arbustos silvestres. Por un lado domina el rellano un estenso estanque esmaltado de hermosas vegetaciones acuáticas y por el otro, mas allá del camino en un profundo barranco, el caz de un molino medio oculto y escondido tras una cortina de álamos.

Al través de aquellos álamos se divisa la mar, y en lontananza, y en medio de la niebla cual una amenazadora sombra la costa de Inglaterra.

En una tarde templada y hermosa del mes de setiembre, un jóven á quien por su trage del campo era fácil reconocer por el hijo de algun hacendado acomodado del país, se encaminaba con ligero paso hacia la capilla de San Dustan. Llevaba á la espalda una estrecha chistera de pescador: iba sin duda á declarar la guerra á las truchas y anguilas del río.

Mientras trepa ligeramente hacia el rellano, mientras agachado en la yerba dispone y echa su caña, vamos en cuatro palabras, á hacer el retrato y la historia de este jóven.

Lionel Garvis, tal es su nombre, aparenta lo mas veinte y cinco años de edad. Su estatura es alta, y bien cortado; su porte esbelto y hasta elegante; es el tipo antiguo completo de un irlandés: colorado, rubio, ojos azules grandes y rasgados, aire dulce y melancólico.

Huérfano desde muy tierna edad, heredero de un modesto patrimonio, ha sido criado con un tutor su tío Garvis, un viejo solterón.

Después de haber hecho sus primeros estudios con la mayor brillantez, habia entrado en la escuela de medicina de Dublin, en cuya facultad recientemente acababa de ser recibido doctor. Su tío Garvis, aunque estaba muy bien acomodado, de repente se habia hecho muy rico, gracias á atrevidas especulaciones y á la feliz adquisición de las propiedades de un amigo suyo; un señor Obrian, que precisado á espatriarse después de un movimiento insurreccional, acababa de morir desgraciadamente en América.



Lionel además no había cuidado de enterarse de las causas de aquella repentina fortuna que debía pertenecerle un día. Su tutor le había llamado que viniese á pasar las vacaciones en sus nuevas haciendas, y había ido allí muy contento, porque podía consagrarse en ellas á su diversion favorita, la pesca.

El objeto real de su presente escursion y paseo á la caída de la tarde, era el entregarse á una meditacion sentimental á la luz de la luna. Así es que había exigido que nadie le acompañase, y se apresuraba á terminar su papel de pescador de caña. Habían empezado ya á caer las sombras de la noche, y en su negro matiz envolvían todo el horizonte cuando Lionel se levantó á contemplar con una mirada el sublime panorama que parecía dormirse con magestuosa calma bajo la mirada de Dios.

—¡Oh patria mia! comenzó á murmurar el joven pensador. ¡Dulce y hermosa Irlanda! ¿Dónde están los benéficos genios, do las risueñas hadas que otro tiempo te protegían y que al crepúsculo se mostraban en tus frescos valles ó en la superficie de tus tranquilos lagos?... Graciosas apariciones cantadas por nuestros bardos y poetas ¿os habeis desvanecido para siempre con nuestra ventura, con nuestra libertad?

Después dirigiéndose á los últimos vestigios de los sepuleros, casi desaparecidos bajo las altas y crecidas yerbas del cementerio

—Vosotros, cuantos descansais aquí, continuó, habeis tal vez visto esos duendes, esas hadas de la vieja Irlanda, de la Irlanda libre... ¿Quién sabe! ¿tal vez os es permitido verlos todavía? Vosotros si que habeis sido felices... De repente tropezó su pie contra un cuerpo sonoro.

Se bajó lentamente. buscó á tientas en la yerba: concluyó por levantar una calavera.

La luna se elevaba en aquel momento detrás de la cima de una de las colinas, é iluminó con su mágica luz todos aquellos alrededores.

Pasado el primer momento de terror, Lionel se sentó sobre una de las piedras sepulcrales y con la calavera siempre en las manos, y los ojos siempre fijos sobre aquel cráneo.

—¿Quién eras tú? la preguntó cada vez mas meditabundo? ¿Quién te ha hecho salir de tu sepulcro? ¿Por qué te encuentras en mi camino? Hamlet conocía al menos á aquel á quien se dirigía... pudo hablar con el pobre Yórick. Pero yo no te conozco, quisiera conocerte.

La luna deslizándose sus rayos sobre la plateada superficie del estanque, los hizo llegar hasta el cráneo pulimentado cual un viejo marfil, y los hizo de repente brillar en medio de la noche.

Lionel era médico, examinó de cerca su hallazgo, reconoció que era una calavera de muger, una calavera de una joven.

—¿Debia ser hermosa? dijo; ¿debia ser amada? ¿tal vez ha muerto de amor?

—No sé, empero me parece que adivino tu historia... y que tu rostro se vá á reanimar en mi mano!... Si... si... estas frías cavidades vuelven á cubrirse de una suave piel, bajo la que siento correr la sangre de la juventud... Tus labios me sonríen... tus grandes ojos azules me miran... tu cabellera es rubia y el viento juguetea con ella... háblame... veamos... ¿qué me quieres?... responde...

Escusado es decir que Lionel no recibió respuesta ninguna, pero al cabo de algunos minutos, el blanco resplan-

dor del astro de la noche, derramándose siempre sobre el terreno, iluminó como un vago reflejo el ángulo saliente de una de las tumbas inmediatas.

Allí era precisamente donde el joven Lionel había encontrado el despojo mortal que todavía tenía en las manos y que continuaba contemplando con la ardiente exaltacion de una especie de fiebre magnética.

—¿Sería acaso ese sepulcro de donde te ha sacado una mano profana? exclamó de pronto. ¿Deseas que te devuelva á ella y te deje en el reposo y el sueño eterno?

Al hablar así, Lionel se había levantado: se acercó á la piedra iluminada por la luna, separó piadosamente las yerbas y las zarzas con que se hallaba en parte cubierta, y muy pronto bajo su estremecida mano, sintió que había unas letras que el tiempo todavía no había borrado.

En su equipo de pescador encontró una pequeña linterna: la encendió inmediatamente, la pasó lentamente por encima de la fúnebre inscripcion... é inclinándose con todo el cuerpo logró descifrar este nombre:

ALICIA.

Después en caracteres mas pequeños:

17 AÑOS.

No había duda; aquella calavera desconocida, aquella calavera de joven era la de la pobre Alicia, muerta en la flor de su primavera.

Con la rapidez, con la fuerza que ordinariamente solo se tiene en los momentos de exaltacion, corrió el joven á cortar una robusta rama de uno de los árboles de la cerca: logró con ella levantar la pesada piedra, y manteniéndola en equilibrio por medio de algunos cantos, se puso á cavar con su cuchillo la tierra que la presunta joven había hollado tal vez haría un siglo.

Cuando le pareció bastante hondo el agujero, depositó piadosamente en él lo que había sido en su concepto la cabeza de Alicia, y después de una poética oracion, volvió á colocarlo todo en su lugar, hasta las zarzas y la yerba, únicos adornos, únicos amigos de la pobre olvidada tumba que volvió á quedar otra vez escondida.

Después dándola con la mirada un eterno adiós:

—Ahora descansa en paz, dijo: vuelve á continuar tu turbado sueño... ¡duerme!... duerme, Alicia!

Apenas terminaba estas palabras, cuando el ruido de la respiracion de una persona dormida se levantó de pronto en el cementerio.

Espantado Lionel retrocedió vivamente hasta la mitad del camino.

Pero avergonzado pronto de su terror, volvió hacia el cementerio.

A medida que se iba adelantando hacia el sepulcro de Alicia, el mismo ruido iba siendo mas perceptible á su oído; un ruido suave intermitente, casi armonioso... el aliento de un pecho oprimido por el sueño... el murmullo de una joven mecida por alguna suave ilusion... el canto de un alma que duerme.

Largo tiempo estuvo escuchando Lionel. Ya no tenía miedo, se sentía como estasiado. Tan pronto inmóvil y con la boca abierta, tan pronto yendo y viniendo con lentitud



por el cementerio, cuya espesa yerba amortiguaba el ruido de sus pasos, concentraba toda sus facultades en una sola... En la de oír... y á veces muy bajo murmuraba: ¡Canta todavía alma de Alicia! alma de mi rubia Alicia... ¡canta siempre!

No tardó, sin embargo, en presentarse á su alma una duda: ¿aquel aliento dormido, aquella respiración querida, salían realmente de un sepulcro? Cuando nuestro poeta aproximaba á él su oído ansioso, oía... estaba cierto. Pero cuando se alejaba hasta las orillas del estanque donde se refleja-



...aquella calavera de joven era la de la pobre Alicia.

ba la luna: cuando volvía á escuchar junto á la capilla, oía lo mismo.

¿Existía pues aquel ruido en las hojas, en las aguas, en el aire?

—¿Y por qué no? se dijo nuestro poeta. Un alma que duerme... y aun durmiendo las almas están sobre nosotros.

A pesar de esta creencia sacada de las viejas leyendas irlandesas, la imaginación del poeta llegó á tal grado de so-